



**José Manuel
Benítez Ariza**

**año
sabático
o la novela
de un ocioso**

EDITORIAL POLIBEA - la espada en el ágata / 47



AÑO SABÁTICO
O LA NOVELA DE UN OCIOSO



JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA
© Foto: José Ángel Cilleruelo

JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

AÑO SABÁTICO
O LA NOVELA DE UN OCIOSO

AÑO SABÁTICO
O LA NOVELA DE UN OCIOSO
© José Manuel Benítez Ariza, 2024

© por esta edición, Editorial Polibea, 2024
Ronda de la Avutarda, 3. 28043 MADRID
http://ellevitador.polibea.com/LEVITADOR_index.html

ISBN: 978-84-128097-3-2
Depósito Legal: M-2500-2024

Imágenes de portada y guardas:
José Manuel Benítez Ariza

Director y diseño de la colección:
Juan José Martín Ramos

Asesores literarios:
Ángel Luis Vigaray (†), Ángel Rodríguez Abad,
José Ignacio Serra y Matilde Muñoz

IMPRIME:
SAFEKAT – Madrid

AÑO SABÁTICO
O LA NOVELA DE UN OCIOSO

PRIMERA O ÚLTIMA

Si el posible lector, tras hojear el libro que tiene entre sus manos, concluye que se trata de un diario, no seré yo quien lo contradiga, y menos después de haber dado a la imprenta varias entregas de lo que en su día reclamaba abiertamente esa atribución genérica. Pero quizá convenga —con cautela, porque no hay nada más antipático que comenzar un libro con una advertencia— aclarar algún detalle, siquiera sea para no defraudar la confianza que deposita en uno ese lector potencial: por ejemplo, que el diarista que presta su voz a estas anotaciones no necesariamente se corresponde, en su exacta verdad biográfica, con la persona del autor; o, más concretamente, que la secuencia de hechos que se desarrolla en el intervalo temporal —un año— que abarca este libro no coincide con ninguna secuencia idéntica de acontecimientos que hayan afectado al autor en un intervalo igual.

Ello no quiere decir, por supuesto, que esos sucesos, considerados uno a uno, no sean «verdaderos», es decir,

que el autor no pueda dar fe de que le han acontecido a él o de que ha sido testigo cercano de ellos. En cualquier caso, el que una obra literaria sea, casi siempre, una libre combinación más o menos fantasiosa de acontecimientos reales no debería sorprender a nadie: esos «hechos reales» lo mismo pueden espigarse en la trama del *Quijote* que en la del *Ulises* de Joyce o, como sospechó el arqueólogo Schliemann, en la propia *Ilíada*.

A esa combinación de detalles reales y disposición fantasiosa algunos la llaman «novela». Si de eso se trata, no sé si acaso tendría algún valor anotar aquí que uno ha tardado catorce años en urdir ésta: nueve en acopiar sus materiales y cinco en organizarlos. No creo que sea éste el lugar donde decir qué he pretendido con ello; mucho menos —volviendo a la idea inicial—, en qué clave genérica quiero que se lea este libro: si como ficción estricta o como documento personal. Que sea el lector quien decida. Sean galgos o podencos, lo importante, cuando estamos acabando ya esta primera página —que es la última—, es que echen a correr.

I. SEPTIEMBRE

DONDE UNO SE DESPIDE DEL VERANO Y DE OTRAS COSAS, MIENTRAS C. ESCRIBE DESDE BOSTON, SHAKESPEARE RESUENA EN BOCA DE UN *BLUESMAN*, HAGO EL ESCRUTINIO DE UNOS LIBROS DESAHUCIADOS, ME ENREDO EN ALGUNAS CUESTIONES DE ECONOMÍA Y PINTURA Y MI DESPACHO ES INVADIDO POR LAS AVISPAS.

Como el tiempo no es lineal, digan lo que digan los relojes y los calendarios, no es del todo incorrecto anotar aquí que la verdadera despedida del verano tuvo lugar hace diez días, cuando vimos los lomos de una manada de cetáceos —orcas o ballenas, no sé— arqueándose a pocos metros del transbordador que nos traía de Tánger. Hice todo ese trayecto en cubierta, no tanto para evitar el mareo —el viento sur que soplaba ese día era bastante clemente— como para ver cómo la bruma poco a poco iba diluyendo en la distancia los perfiles de la ciudad africana. Era un ejercicio de desrealización, de igualar por anticipado lo que se acaba de dejar atrás con la imagen borrosa que uno sabe que la memoria acabará devolviéndole. Y, por

eso mismo, la inesperada concreción de esos lomos a tan escasa distancia, y la impresión de tiempo detenido que dejaban en el espectador, tal vez por efecto de la mera repetición, o de la regularidad absoluta con la que emergían los sucesivos lomos arqueados, rematados por sus respectivas aletas dorsales, todo eso, decía, creaba en el espectador una especie de ansiedad, de expectativa o anhelo con muy pocas posibilidades de cumplimiento y, sin embargo, plenamente retribuidos en ese mismo instante, que era también el de su consumación.

Se dispone uno a empezar el año sabático que tiene por delante bajo el efecto salvífico de esa imagen de la eternidad. Y haciendo votos para que los mejores momentos que a uno le sean dados tengan esa capacidad de diferenciarse del mero sucederse de las horas y días para quedar fijos para siempre en su propio acontecer, iluminando la vida.

C. ha alcanzado la mayoría de edad, al mismo tiempo que ha culminado airoosamente sus estudios en el instituto. La importancia de los ritos de paso. Y esa conciencia clara de que la recién ganada independencia —desde un punto de vista legal, al menos— implica también un cierto desamparo inevitable. Por ahora se la ve exultante y eso es lo que importa. En términos de economía biológica, uno cumplió ya su papel. Lo que queda, que es mucho, se presenta más bien bajo el menos noble aspecto de la mera dependencia económica y logística; afectiva también, por

supuesto, pero desde una difícil relación entre iguales que habrá que saber construir. Nuestras respectivas soledades, si acaso, son ahora un poco más parecidas. Y yo que me he pasado la vida diciéndole que lo importante era tener recursos para sobrellevar —y para compartir, si se quiere— esa soledad esencial, ya fuera leyendo, paseando, disfrutando de un paisaje, escribiendo una página o, como parece que va a ser el caso, pintando... Me pregunto si eso era lo que me correspondía decir, y si el propio ejemplo —a la vista está— no será, más bien, un elocuente desmentido de esa doctrina.

Como las aceras alledañas son «zona azul» durante la temporada de verano, que todavía no ha terminado, me veo obligado a buscar aparcamiento en las manzanas vecinas. No es fácil: son barrios muy poblados, cuyo espacio de aparcamiento se ve saturado, además, por la merma que supone la ya mencionada limitación normativa. Recorro sin demasiadas esperanzas una calle tras otra, adentrándome cada vez más en un barrio que apenas conozco y que me depara la sorpresa de alguna que otra plazuela silenciosa, flanqueada de árboles de mediano porte, como los que ya no se ven en casi ninguna otra parte de la ciudad, y algunas manzanas de casas bajas, como de pueblo, que han resistido la presión de los constructores por llenar la zona de edificios altos. Al final encuentro un hueco para aparcar en una callejuela y ahora deshago el camino a pie.

En una esquina, un modesto restaurante familiar, ya abierto, deja ver tras sus ventanales un salón con mesitas cubiertas por unos hules a cuadros rojos y blancos. A la luz irreal de la primera hora del día, casi me parece un decorado: uno de esos locales en los que las películas sitúan el asesinato de un gánster que en ese momento daba buena cuenta de un plato de espaguetis. Hago votos de venir algún día a probar el menú. Aunque no me extrañaría que, cuando lo intente, el restaurante ya no esté allí, o yo no sea capaz de dar con él, y concluya que todo ha sido producto de una alucinación o un sueño. Igual extrañeza me producen otros comercios: inesperados, nunca antes advertidos, titulares de géneros que no se explica uno cómo tienen salida en esta especie de mundo aparte, separado del circuito por el que mayoritariamente transcurre el bullicio de la ciudad.

Como voy con tiempo suficiente, me demoro en esas calles silenciosas, desiertas, y me acuerdo de un tiempo, a caballo entre mi infancia y mi adolescencia, en el que, aprovechando la creciente libertad para vagar a mis anchas, mi objetivo diario era descubrir una calle nueva, un rincón de la ciudad en el que no hubiera estado antes. Me situaba, pongamos, en el centro de una plazuela desconocida, miraba alrededor y experimentaba por unos segundos el vértigo de hallarme en un lugar donde no conocía a nadie ni nadie podría encontrarme. De esos paseos recuerdo, sobre todo, las tonalidades distintas de la luz según los lugares, o según la cualidad de la piedra

o la mampostería que la reflejaran, también variable en función de la hora del día. Perdí luego esa capacidad de asombro. Las impresiones de hoy, me digo, no son sino un efecto de lo desabrido de la hora. A lo mejor, simplemente no me he despertado del todo aún y ando por las calles como sonámbulo. Pero, a pesar de ese exceso de autoconciencia, empeñado en estropearlo todo, no dejo de pensar que, aunque sólo haya sido por unos minutos, esos instantes pertenecían con igual derecho tanto a mi vida de hombre maduro sujeto a obligaciones, como a otro tiempo igualmente presente, pero en el que no soy exactamente yo, o no el yo de ahora, y bastaría un simple acto de voluntad para que la suplantación del uno por el otro fuera irreversible.

A los pocos minutos de mi llegada me entero de que a X. se le ha declarado este verano una grave enfermedad y está aún hospitalizado. En la calle, Y. me comenta que ha sufrido tres cólicos nefríticos. Pocos minutos antes, Z., con quien he bromeado sobre su recién estrenada situación laboral, más tranquila y menos comprometida que la que deja, me comenta que en los próximos días habrá de someterse a un reconocimiento del que quizá dependa incluso su continuidad como trabajadora en activo... Supongo que siempre ha sido así, y que el reencuentro con un grupo humano al que uno no frecuentaba desde hacía dos meses conlleva, necesariamente, la constatación del deterioro, las enfermedades, el en-

vejecimiento de quienes lo integran. Es el único cambio verdaderamente perceptible, porque todo lo demás —los parabienes, los besos, los rituales de bienvenida— se mantiene idéntico a sí mismo con una terquedad que ya quisiera uno para otras cosas que sí se han perdido: el entusiasmo, la sinceridad, la confianza. Somos más viejos y, seguramente, peores de lo que éramos. Y no sé qué es lo que celebramos con tantos aspavientos cada vez que volvemos a encontrarnos.

En la sierra las rutinas se ralentizan. Tal vez porque C. está de viaje en el extranjero —nos manda una foto de un lugar con mucho verde y un pabellón victoriano al fondo—, o porque los amigos están de vacaciones, o porque el pueblo parece despoblado. Ya de noche, milagrosamente, aparece gente para nutrir las modestas iniciativas hosteleras con las que los empresarios locales pretenden salvar el verano: un concierto de *blues* en una terraza próxima —desde nuestro patio oímos al cantante desgranar cansinamente sus melopeas—, un desmedrado DJ en el bar de la piscina, unas parrillas al aire libre en la plaza... Miramos todo este trasiego con divertido escepticismo, pero también con simpatía. Al mediodía, nos sumamos a una de esas iniciativas promocionales y, por un módico precio, nos tomamos unas cuantas cervezas servidas en lotes en un cubo de hielo. Luego siesta, cine, lectura, paseo al anochecer, cuando salen los murciélagos... Y una cierta melancolía, porque C. está de viaje de

estudios y nos ha enviado una foto, porque los amigos están de vacaciones, etcétera.

Me he pasado todo el verano sin teléfono móvil, debido a un malentendido entre dos compañías en el momento en el que pretendía mudarme de una a otra. Lo que no sé si, de cara a este recomienzo, es una ventaja o un inconveniente... No seré prolijo en detalles: este cuaderno no debe terminar pareciéndose a un libro de reclamaciones. Pero lo dejo anotado por si alguna vez, en combinación con alguna otra incidencia más personal, me sirve para montar un relato, por ejemplo. Digamos que, por aceptar de buena fe una oferta telefónica que me pareció ventajosa, me puse en manos de la compañía A; que la compañía B, a cuyos servicios renunciaba, hizo todo lo posible por retrasar y boicotear la gestión emprendida, pese a que la ley la obliga a facilitarla; que el cliente —es decir, yo— pidió la anulación del proceso, al comprobar que éste no se ajustaba a los plazos previstos y que ese retraso me podía ocasionar perjuicios; gestión que resultó infructuosa, y que tuvo como único resultado que la compañía A dejara el proceso a medias mientras la otra, incapaz de cumplir la infinidad de promesas que me había hecho para que permaneciera con ella, finalmente me emancipaba de su tutela. Entre una y otra compañía, mi número quedó en un limbo del que no he conseguido rescatarlo en seis arduas semanas en las que he hablado con varias docenas de amables locutoras de acento rioplatense que han

tomado nota de mis contrariedades sin ser capaces de encontrarles solución. Para colmo de males, la compañía A me está cobrando la cuota correspondiente al número fantasma como si éste estuviera en servicio...

A estas alturas, no sé qué hacer, salvo poner una denuncia en el juzgado. Lo que supone, en fin, meterse en otro laberinto del que tampoco hay garantías de salir airoso.

El *bluesman*, que se anuncia con un nombre inglés —de pega— y que es alto, desgarbado y rubicundo como un inglés, es... de Barcelona. Nos damos cuenta al oírle pedir la cena en el bar en el que actúa y al que hemos acudido a escucharlo. Luego, conversando con él, nos enteramos de que lleva ocho años afincado en un pueblo de la provincia y que allí ha tratado a algunos amigos y conocidos nuestros. El mundo es un pañuelo. Y cada vida sería un misterio si no fuera porque, a poco que indaga uno en las ajenas, intuye en ellas el mismo abismo de dudas y la misma sombra de inconsistencia y futilidad que en la propia. Este hombre, por ejemplo, funda sus esperanzas en que hace poco ha conseguido venderle una melodía a un popular cantautor, y a que tiene un agente que se las promete muy felices respecto a otras canciones suyas —algunas muy hermosas, como una que le oímos cantar esa misma noche, «La posada», basada lejanamente en un verso de Shakespeare— que este hombre le ha confiado. Uno desea sinceramente que le llegue el éxito y

que con él se disipe ese ligero escepticismo, que también advertimos en su conversación, sobre la pertinencia de todos estos esfuerzos. Cada uno vende lo que puede. Y lo malo es que, cuando se alcanza la cincuentena —como es mi caso y creo que también el suyo—, se siente uno tentado de hacer un lote con toda la mercancía y... saldarla poco menos que al peso.

Encuentro a M. limpiando el pilón del que se vale para el riego de su huerta. Me dice que piensa soltar en él unas carpas que ha criado en una pecera y que seguramente agradecerán el cambio. La verdad es que están muy crecidas. Lo veo retrepase sobre los muretes del pilón y meter el brazo en el agua helada para alcanzar el tapón del desagüe. Luego, mientras el agua corre, restriega las paredes del depósito con un escobón. Hay caprichos que dan mucho trabajo. La finalidad: alegrarse la vista con el movimiento de un par de criaturas vivas en la transparencia del agua. Algo parecido a lo que pretendía Des Esseintes, el esteta que protagoniza la novela de Huysmans, cuando le dio por procurarse una tortuga que, al moverse sobre la alfombra, aportara al estampado de ésta una nota huidiza: para reforzarla, hizo sobredorar el caparazón del pobre animal, que como consecuencia de ello... No revelaré el final. A las carpas de M. no les hace falta, desde luego, ninguna cobertura brillante. Ya destellan como no lo podría hacer ninguna joya.

C. me pone los dientes largos desde Boston. Me describe una casi inabarcable librería de viejo en la que ha estado. Sabe bien qué clase de turismo haría yo si me encontrara allí. Que es, por otra parte, el mismo que ella hace, ya no sé si por querencia propia o por dar siquiera una satisfacción vicaria a su atribulado padre.

Pruebo el bárbaro capricho culinario que en este bar llaman «tachuela»: un higadillo de conejo aplastado y asado a la plancha, metido entre dos finas y crujientes rebanadas de pan. Tiene un sabor impensablemente delicado. Ha querido el azar que haga este descubrimiento en compañía de un inglés, amigo de amigos, con el que hemos compartido buena parte del fin de semana. «I don't really care about extreme cooking», me justifico, mientras él, más sensato, se atiene al límpido pescado frito de la casa, sin trampa ni cartón. Estamos en el bar más populoso de la ciudad. Y mientras aprovecho la ocasión para desentumecer, aunque sea a gritos, mi inglés, me acuerdo de C., que está haciendo lo propio en Boston, y que, con dramatismo adolescente, nos acaba de comunicar que se le están acabando los fondos...

El empleado de la óptica —he venido a que me arreglen unas gafas averiadas— me ha reconocido. «Usted es Benítez Ariza, el que escribe en el Diario.» Uno, que no es inmune a las vanidades del mundo, se esponja un poco y trata de sacarle partido a la fama: «A ver si pueden hacer-

me un apaño mientras llega la pieza. Sin gafas, no puedo trabajar». Y el empleado, dándose por enterado de la importancia y trascendencia de los trabajos de uno, hace el apaño solicitado y, tirando de piezas sacadas de otras gafas, me deja las mías en condiciones de uso, mientras llega el recambio. Con la vista de nuevo operativa, sí, pero con la autoestima y demás afecciones leves del ego un tanto desorbitadas.

Me trae C. de Boston un libro de gran formato titulado *Years of Wrath, A Cartoon History: 1931-1945*, que es una recopilación de las viñetas que el dibujante David Low publicó en el *London Evening Standard* durante la Segunda Guerra Mundial y sus preliminares. El libro, editado en 1946, hace honor a su título: realmente, las viñetas de Low constituyen un relato pormenorizado de los acontecimientos políticos, sociales y militares que se sucedieron en ese agitado periodo histórico, a la vez que ofrecen una certera interpretación de los mismos. Y lo curioso es que algunas de las viñetas conservan su mordiente incluso hoy. Por ejemplo, una en la que se ve un bote a punto de naufragar en un mar tormentoso. Los ocupantes de la popa tratan desesperadamente de achicar el agua que inunda la embarcación, mientras los de la proa, todavía precariamente por encima de la línea de flotación, suspiran de alivio y dicen: «Uf, qué vía de agua tan molesta. Gracias a Dios que no está en nuestra parte de la barca». El dibujo, referido a los coletazos de

la crisis del 29, podría aplicarse perfectamente a la que hoy amenaza a las economías occidentales. O esta otra viñeta, publicada en 1946, en vísperas de la edición del libro: en una mesa de operaciones yacen los pedazos de la recién desmembrada Alemania, que un equipo de cirujanos se dispone a recomponer; y uno de ellos dice a los demás: «¿Cómo? ¿Coserla de nuevo? Cualquiera diría que queréis que el paciente se recupere...».

Vuelvo a tener teléfono móvil, tras haber sido durante mes y medio un feliz ciudadano solamente visible y localizable para sus allegados más inmediatos. Vuelvo a estar, como quien dice, al alcance de cualquiera. Antes era una singularidad anónima. Ahora vuelvo a ser nadie.

En contra de mi costumbre, acompaño a M.A. y C. a comprar ropa. Yo también necesito comprarme algo para conjurar mi tendencia natural a dejar que la ropa se me caiga a pedazos. Pero lo mío queda despachado en cinco minutos, mientras que lo de ellas... Pero ya se sabe que ellas no vienen exactamente a comprar, sino a disfrutar de un ritual del que de antemano me excluyen, y del que forman parte las consideraciones cómplices de las dependientas, el placer de disfrazarse, las confianzas intercambiadas en el probador... Yo me distraigo, mientras tanto, mirando a la concurrencia. Limpias, radiantes, embellecidas. Porque aquí se viene, creo, no tanto a reponer lo viejo, como hago yo, como

para asegurar la novedad perpetua, la eterna juventud, la lozanía inextinguible... Cuyo primer ejemplo, ay, lo proporcionan las propias dependientas.

Como voy cansado y no tengo ganas de leer, pego el oído —no me queda otro remedio— a la conversación telefónica que mantiene la pasajera del asiento de atrás. Entiendo que se dispone a casarse e intenta dejarle claro a su interlocutora —su madre— que el almuerzo que ha organizado para la ocasión será «íntimo y modesto»: «Sólo cincuenta personas», dice, frente a las ciento treinta que hubo «la vez anterior». Por el tono de voz, deduzco que mi parlanchina compañera de viaje, que no he querido volverme a mirar, no es una chiquilla. «Será una cosa modesta», insiste. Y luego atiende a lo que me parece que es un intento de su madre por repasar la lista de los invitados. «No, no, a X. la quiero mucho, pero... no puede ser. Y a Z. no le voy a pedir que se pague el cubierto, con la que está pasando...». Yo ignoraba que, entre las prácticas modernas aparejadas a la organización de bodas, figuraba la posibilidad de sugerir a algunos invitados que se paguen su comida. La mujer remata la conversación con un recordatorio del lugar, día y hora. «Una cosa sencillita», vuelve a decir, como si fuera ella misma la que no anda muy convencida. Cincuenta personas. Una multitud o una insignificancia, según donde uno quiera poner los límites de su círculo más íntimo. A mí, creo, me bastaría con la mitad, y aún serían demasiados.



Una posible fórmula para urdir una narración autobiográfica: reorganiza tus diarios y pon en valor las tramas que encuentres en ellos, o invéntalas a partir de los meros sucesos, que por sí solos no son nada. Lo que salga ¿será diario o novela? ¿Serán galgos o podencos? (No *autoficción*: dejemos eso para los autores de moda). ¿Y acaso una novela no podría entenderse siempre como la condensación de uno o varios diarios, reales o posibles, en la que la vida se complica e intensifica, quizá se acelera, porque en el espacio de unas pocas páginas, o no tan pocas, a sus personajes les suceden cosas que en una vida sin argumento, mera sucesión, no se dejan acotar ni forman relato alguno?

El autor de este *Año sabático* ha querido contradecir esa querencia del mero acontecer anotado en sus diarios. El resultado: un sinfín de cosas vividas por él se articulan en un año que no se corresponde exactamente con ninguno de los suyos. ¿Ficción? ¿Y qué vida, en tanto que relato, no lo es?

JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA (Cádiz, 1963) es poeta, narrador, diarista y ensayista. Ha publicado doce libros de poemas, los últimos de los cuales fueron *Arabesco* (2018), *Realidad* (2020) y *Laberinto* (2022). Como narrador, ha publicado, entre otras, las novelas que conforman su *Trilogía de la Transición* (2009-2011; edición reunida en 2018), así como cuatro libros de relatos.

Entre sus libros de ensayos destacan los cuatro dedicados al cine, el último de los cuales es *En familia. Casi un dietario sobre cine español* (2023). De su diario personal se han publicado seis entregas, las últimas de las cuales son *Todo sobre K. Una gata en un diario* (2021) y *En el corazón del bosque* (2021). Ha traducido y editado a autores como Rudyard Kipling, Joseph Conrad, Henry James, Herman Melville y Elizabeth Barrett Browning, entre otros. Su tesis doctoral dio lugar al libro *Un sueño dentro de otro. La poesía "en arabesco" de Edgar Allan Poe* (2014).

Un jurado presidido por José Manuel Caballero Bonald le concedió el XXVIII premio Unicaja de Poesía por *Panorama y Perfil* (2014). En 2021 ganó el II Premio de Poesía Lorenzo Gomis, que concede la revista *El Ciervo*.